



JESÚS QUIJANO GONZÁLEZ
EXDIPUTADO DEL PSOE



GREGORIO EN EL RECUERDO

Sería a principios de los setenta cuando Gregorio Peces Barba cayó por Valladolid. Empezó a venir por asuntos judiciales y universitarios de la época, inseparables entonces de la tarea incipiente de reconstruir la estructura del PSOE, todavía clandestino. Una noche del mes de mayo de 1975, tras la suspensión gubernativa de una conferencia que le habíamos programado, nos reunimos a cenar un grupo de militantes y simpatizantes de entonces. Exactamente 20, el límite de la reunión ilegal, sobrepasado a los postres. Del restaurante fuimos conducidos a la comisaría y aquella noche compartida, llena de anécdotas hasta que al alba el juez nos puso en libertad provisional, dejó establecida una amistad imperecedera. Ocurrió que Gregorio encajó tan bien en nuestro grupo humano que se hizo uno más de entre nosotros.

Cuando se preparaban las candidaturas para las primeras elecciones democráticas de junio del 77 resultó perfectamente natural que se le propusiera como cabeza de la lista del PSOE por la provincia de Valladolid. Lo aceptó gustoso y su figura voluminosa y amable recaló por la capital y por los pueblos dejando a su paso un reguero de humanidad ilustrada en

aquel escenario inolvidable de la transición. Se integró en el paisaje de tal modo que incluso hizo suyas expresiones graciosas que captaba hablando con la gente. Todavía no hace mucho me respondió a alguna pregunta con un «no sé qué le diga;», que decía haber oído por estos pagos.

Aprobada ya la Constitución de 1978, volvió a ser diputado por Valladolid en las elecciones generales de 1979 y en las de 1982, cuando fue promovido a la Presidencia del Congreso de los Diputados, hasta que, en 1986, al terminar la legislatura optó por retornar la cátedra universitaria desde la que asumió la tarea de poner en marcha la Universidad Carlos III de Madrid, probablemente la encomienda que desarrolló con más intensidad, y quizá también la que le dió más satisfacciones, junto con su destacada participación en la elaboración de la Constitución.

Tuve la inmensa fortuna de disfrutar de su amistad hasta el final. Y de cultivarla con frecuencia, porque aquella relación tan llena de afecto compartido ha permanecido incólume. En mi caso, la coincidencia en los orígenes del compromiso político, en las preferencias intelectuales, en la vocación universitaria y en la dedicación jurídica, no hacían más que añadir ingredientes a

un vínculo humano recíprocamente fortalecido. De él aprendí a valorar la dignidad de la política, la tolerancia y el respeto, que sabía hacer compatibles con la crítica cuando le parecía necesaria y justificada. Por eso podía, y sabía, alzar su voz autorizada frente a quien consideraba que lo merecía, asumiendo el riesgo de la incomodidad.

A muchos militantes socialistas de aquella época en Valladolid (a Tomás Rodríguez Bolaños, a Juan Colino, a Antonio Pérez Solano, a Paco Delgado, a Luisón, y a tantos otros) la definitiva ausencia de su singular humanidad nos dejará un hueco en el alma, fruto de la irreplicable experiencia del camino que recorrimos junto a Gregorio Peces Barba. Ya no podremos evidenciar expresamente las múltiples coincidencias en tantas cosas, ni la eterna discrepancia en la única que a algunos nos separaba de él, que era la pasión futbolística en distintas trincheras. También nos quedará la nostalgia de momentos festivos y felices, que fueron muchos. Y por encima de todo, el sentimiento agradecido de haber contribuido con él, y con su generosa aportación, a una causa noble que, con luces y sombras, representa una parte importante de lo mejor de nuestra historia personal y colectiva.